

TÍTULO: Cefalea punzante breve.

AUTOR: María Elena Benedi Sánchez.

Me dolía la cabeza de forma muy rara, como si me clavaran un punzón en un lado de la cabeza, siempre el mismo, muy fuerte, pero muy cortito, como el sexo con mi Juan que en paz descanse. Se lo dije así a mi doctora, que conocía bien a mi Juan y lo bruto que era, y me mandó al neurólogo. Dijo algo de un descarte, como si estuviera jugando al julepe, y de un meningioma, cosa que me sonó fatal, fatal, aunque me aseguró que no tenía de que preocuparme ¡que cachonda! Yo siempre le hago mucho caso al médico así que me concentré en no preocuparme, pero cuanto más me concentraba más me preocupaba...; pensé que mientras me tocaba la cita con el neurólogo, ya se sabe que los médicos de la seguridad social son muy buenos pero tardan una barbaridad en verte, podía ir haciendo algún adelanto por mi parte.

Mi prima me había hablado de una bruja a la que fue cuando dudaba si decirle que si o que no al inspector de hacienda que le tiraba los tejos desde que le hicieron una inspección en la peluquería, por el tema de unos módulos o algo así. El buen hombre estuvo dos días ayudándola a poner en orden los recibos que tenía manga por hombro, como todo en su casa por cierto, y no es por criticar, que yo la quiero como si fuera mi hermana... el caso es que la pitonisa le adivinó todo el pasado y le pronosticó todo el futuro; una cosa fuera de serie. Me dijo que era una señora de mediana edad con una mirada penetrante, como de rayos X, que te veía hasta los intestinos si te descuidabas. Vamos, que mi prima se libró de la multa y encontró novio todo en una, aunque para darse cuenta no hacía falta bruja alguna, me parece a mi...

¿Que podía yo perder yendo a verla?

Pedí cita y me presenté en la consulta de la vidente con alguna que otra duda y mucha curiosidad.

Me indicó que me sentara y se quedó mirándome fijamente. Me miraba. Yo la miraba. Silencio. Pensé que me tenía que haber puesto el poncho de rayas, que este año se vuelve a llevar, así hubiera parecido Clint Eastwood en el duelo final de "La muerte tenía un precio" o en "El bueno el feo y el malo", que yo creo que llevaba el mismo poncho... debía ir justo de presupuesto el productor...

Yo no pensaba decir nada, que para contarle las cosas ya me vale con la Vicenta la de la frutería, ¡vaya vidente sería si le digo yo lo que me pasa! Pero, vaya por Dios, en ese momento me dio uno de esos dolores que me atraviesan la cabeza, me obligan a cerrar los ojos y echarme mano a la zona temporal derecha de mi cráneo (eso ponía en el volante de derivación).

- ¿Ha fallecido recientemente alguna persona cercana?- me preguntó la pitonisa abriendo fuego. Te he pillado, debió de pensar.

Ya se ha chivado mi prima, pensé yo a mi vez.

- Si señora, mi marido; bueno ya hace 6 años, o sea que muy reciente tampoco, pero para mí como si hubiese sido ayer, porque todos, toditos los días me acuerdo de él, casi siempre para bien, pero ya sabe, con los maridos de todo le toca a una, en lo bueno y en lo malo, como dice el cura el día de la boda, ¡qué le voy a contar!

Ya está, ya se me ha soltado la lengua demasiado, dando pistas, que es precisamente lo que no quería hacer; cosas de la verborrea, que suena a diarrea, pero de palabras, porque aunque dice verbo también entran los sustantivos y los adjetivos, y eso es porque antes se llamaban verbos a todas las palabras, lo dijo así el mismísimo Dios "primero fue el Verbo", después ya se empezaron a distinguir unas palabras de otras; cosas del progreso.

-Es posible, dijo la señora, que ese dolor sea una forma que tiene su marido de comunicarse con usted... seguramente quiere decirle algo. Le propongo una sesión de videncia para que a través de mí pueda comunicarse con él y decirse lo que quedó pendiente.

Me dejó de piedra. De todas formas, si mi Juan me quería llamar la atención no me parecía raro que me diera un pescozón, ya he dicho que era un poco bruto; no es que fuera malo, no, es que tenía una hiena en el hiato y eso le agriaba el estómago y el humor. Cómo se había metido ahí una hiena es algo que nunca llegué a preguntar, por no parecer inculta, porque mi Juan se veía todos los documentales de la 2 y yo "Los ricos también lloran" serie premonitoria de las tarjetas negras estas que han aparecido ahora.

Quedamos para el día siguiente. Yo tenía que traer un objeto que hubiese pertenecido a mi marido para "invocarlo", eso dijo.

El día de autos me vestí con el vestido verde que tanto le gustaba a mi Juan y me pasé por la peluquería, que después de 6 años sin verme no quería que me viera viejuna, porque en el limbo se debe envejecer poco y, aunque me llevaba 5 años, ahora me quedo con un año en números rojos.

Total, que con la ilusión de arreglarme se me olvidó lo del objeto así que no tuve mas remedio que quitarme una media, que no es que fuera de él pero bien que le gustaba...

Las dos sentadas en la mesa camilla, las velas encendidas, la luz apagada, la bola de cristal en medio, la pitonisa con mi media en una mano recitando una letanía, con los ojos en blanco.

- Hola chata!

Vaya susto que me dio...no es que la voz fuera la de mi Juan, pero me emocioné y todo cuando oí lo de chata...es que siempre me llamaba así, y eso que tengo una nariz mas bien larga, pero él era muy castizo.

- ¡Ayyy, Juan, que alegría verte! Dime, prenda, ¿qué tal se come en el limbo? Bueno, igual no era lo mas apropiado pero fue lo primero que se me ocurrió...

- Maruja, Marujita, por qué me has llamado?- La pitonisa seguía hablando con la voz rara, con los ojos en blanco y la cabeza como de trapo para un lado y para otro.

- Corazón, es que me están dando unos pinchazos en la cabeza y mientras me dan la cita para la resonancia pensaba que igual era que me querías decir algo.

- Marujita. ¿Qué ponía en mi testamento?

- Que yo heredaba todo ¿no?

- Si, mujer, pero qué te dije de las acciones del Santander?

- Que lo que más me interesaba era apostar. Y eso hago, Juan, por eso voy al bingo todos los días.

Justo en ese momento me dio uno de esos dolores punzantes de segundos de duración...¡cooño!

- Separado, mujer, separado...Te dije que lo dejé allí "a posta", por el interés que daban los dividendos...

- Juan, si es que con esa letra tan apretada que tenías, cualquiera sabía si estaba junto o separado... si me acuerdo un día que se puso el vecino a cavar el jardín como un desesperado porque le diste un ultimátum... y lo que querías era acabar de una vez... vamos hombre, como siempre, la culpa va a ser mía ¿verdad?. El acabose. Estaba claro que había venido mi Juan en persona, o en espíritu mas bien, porque acabamos discutiendo como siempre. ¡Qué nostalgia!

Esa fue la última vez que me dolió la cabeza. Anulé la cita con el neurólogo y seguí yendo al bingo, porque en 6 años ya había cogido la costumbre y ya se sabe que cuando te acostumbras a algo no te "desacostumbras" así como así, solo por que te lo diga tu marido muerto... vamos, si no le hacía caso vivo, le voy a hacer caso muerto. ¡Estaría bueno!

Volví a darle las gracias a la Pitonisa unas semanas más tarde por el excelente resultado que había conseguido en una sola sesión y sin resonancia ni nada. Había un nuevo letrero en la puerta junto a sus otros títulos: Madame Celeste, experta en dolor de cabeza, brujería y otras faltas de ortografía.